

La conquista de la inmortalidad

● Hugo Goldsack

Premio Nacional de Periodismo

JUAN Godoy tuvo mala suerte. Poseía todas las condiciones para haber sido el caudillo de esa suerte de impermeable nacionalismo narrativo que aquí llamamos criollismo, pero llegó atrasado. Cuando lanzó su novela "Angurriente" (de "angurria", hambre), hacía un año que Nicomedes Guzmán había conmovido a todo Chile con la poesía, temblorosa de humanidad y ternura, de "Los Hombres Oscuros". Impresa en la prensa a pedal de una pobrísima imprenta de barrio de la calle Rosas, de Santiago, la novelita de Nicomedes salió al camino sin publicidad de ninguna especie, pero conquistó de inmediato el corazón de la gente. En cambio, la novela de Godoy fue precedida y seguida de una serie de puntualizaciones estéticas del autor y de sus admiradores, que anunciaban una verdadera revolución en la narrativa nacional.

La fundación de un movimiento "angurrientista" no logró echar raíces profundas. Todos convenían en la calidad del estilo de Juan Godoy, que era un profesor de castellano con profundo conocimiento de los clásicos, y su severa denuncia de la sombría realidad social de esa época, pero aquello no parecía suficiente para canalizar la inquietud popular, que había derivado espontáneamente hacia cauce social y político. Los libros que siguieron a "Angurrientos", tales como "La Cifra Solitaria", "El Gato de la Maestranza", "Sangre de Murciélagos", fueron bien recibidos por la crítica, pero la personalidad de Godoy se fue desdibujando más y más. Su altivez, que lindaba a menudo en el desprecio y el insulto, lo encastilló en una soledad feroz y agresiva, que le provocó más de un problema con desconocidos.

Estaban una mañana algunos de sus amigos en el viejo "Bosco", hoy desaparecido, en la Alameda, hablando, como siempre de estética y de arte, cuando apareció repentinamente Juan, en su estado habitual, es decir, bastante mareado, pese a que aún no sonaba el cañonazo del mediodía. Sin mayores preámbulos, se dirigió al maestro Israel Roa, príncipe de pintores, que se servía una pacífica cerveza, y mostrándole un cigarrillo apagado que llevaba en la boca, le ordenó ásperamente:

—¡Enciéndemelo!

Ante el silencio indiferente de Roa, agregó:

—Aprovecha de pasar a la inmortalidad. Porque los historiadores dirán: ...y a aquel mediodía, un hombrecillo desconocido, de nombre Israel Roa, tuvo el honor de prenderle el cigarrillo al más excelso escritor del mundo...

Mirándolo de hito en hito, Roa murmuró:

—¿Y por qué no paso al tiro a la inmortalidad?

Y le lanzó una bofetada que hizo añicos el cigarrillo de Godoy. Irma Isabel Astorga y otros contertulios se levantaron velozmente para intentar socorrerlo, pero Juan, sonriendo mefistofélicamente, tomó una silla y sentándose al lado de Roa, le dijo sin pizca de resentimiento:

—De todos modos te aseguraste la fama. Este minúsculo incidente acaba de salvarte.

Una carcajada general subrayó la paz de los genios.